

Cómo ven el mundo los Garífunas

FOTO: MARIA JOSE ALVAREZ



José Idiáquez, S. J.

El potencial sociopolítico y cultural de los grupos étnicos radica en su capacidad de transformación histórica. De ahí que las bases culturales, las condiciones de reproducción y las formas de vinculación socio-políticas de las etnias se modifiquen constantemente. Estos tres elementos articulados y en permanente transformación son un punto de partida fundamental para la comprensión de la cuestión étnica. Y al mismo tiempo son un punto de referencia que permite evaluar la fuerza histórica de un grupo.

Si hay algo esencial en los grupos étnicos es su capacidad de transformación, pero sin perder su identidad, su memoria histórica. Los garífunas de Nicaragua son un caso concreto de una etnia con gran capacidad de transformación, pero sin renunciar a la identidad que la sustenta.

La resistencia, el coraje que históricamente han demostrado los garífunas para sobrevivir, reproducirse y adaptarse a los cambios producidos por tres siglos de dominación, no se pueden desligar de su identidad étnica. Esta es la forma particular de ser y sentir de las colectividades que se hallan vinculadas por la conciencia. Resultado de la impronta que dejan en el ser humano factores tan diversos y complejos como la lengua materna, la religión, la relación con la tierra, los hábitos, las costumbres y las tradiciones ubicadas en un espacio y un tiempo insustituible e irrepetible.

Es muy difícil medir el peso que esta manera de ser, de ver la vida y el mundo tiene en los garífunas. Lo que sí podemos captar, a través de este recorrido histórico, es la fuerza y la dimensión que

tiene la identidad étnica en la resistencia de un grupo étnico como los garífunas de Nicaragua. "Nuestra religión, nuestras creencias en nuestros muertos, nuestras costumbres son fundamentales en nuestras luchas. El que no entiende esto, no nos puede entender", afirma Francisco Sambola, descendiente del fundador de Orinoco, principal poblado garífuna de Nicaragua.

Sobrevivientes de un naufragio

Los garífunas son uno de los grupos étnicos más numerosos de Centroamérica. Unos 90 mil garífunas viven en la Costa Atlántica de Honduras, Belice y Nicaragua. En Nicaragua, los garífunas son 2,500 y viven en tres principales poblados: La Fe, Orinoco y Marshall Point.

comunidades localizadas en la cuenca de la Laguna de Perlas. En los tres países, la población garífuna se dedica a la agricultura y a la pesca, en una economía de subsistencia, sin diferencias sociales significativas. Su lengua es el garífuna y hablan también el inglés creole. Su religión es sincrética: integraron a sus creencias africanas muchas de las enseñanzas de la doctrina católica.

La historia de los garífunas empieza en las costas de África Occidental hacia mediados del siglo XVII, cuando los gobiernos europeos tenían ya un muy bien organizado comercio de esclavos. La población africana era forzada a embarcarse hacia América, donde se vendían, según las leyes del libre mercado, en cualquiera de las colonias. La travesía en los barcos negreros era lo más parecido a la antesala del infierno. Los africanos, hacinados en las bodegas del barco, enfermaban de tristeza y de epidemias. Muchos morían y terminaban su vida devorados por los tiburones. Algunos barcos se perdían, otros eran asaltados por piratas, otros llegaban a sus destinos donde empezaba otro calvario para los africanos.

Entre 1640 y 1670, dos barcos negreros—no se sabe si holandeses o si españoles— naufragaron frente a la pequeña isla de San Vicente, en el arco que forman las Antillas Menores. La historia de aquellos africanos, que venían a trabajar como esclavos en las plantaciones de algodón y caña de otras islas del Caribe, cambió inesperadamente. Los sobrevivientes de aquel naufragio son los antepasados de los garífunas.

En San Vicente, isla que se disputaban Francia e Inglaterra, vivían los caribes rojos, pueblo surgido del cruce de los indígenas caribes—habitantes originarios— y los indígenas arawak—llegados de América del Sur. Cuando supieron del naufragio, los caribes rojos rescataron a los africanos, aunque con intenciones de esclavizarlos. Pero aquellos “salvados de



FOTO MARIA JOSE ALVAREZ

las aguas por la protección de Dios” —como ellos afirman— se resistieron. Es el primer sello de la identidad garífuna: un grupo étnico que en los 300 años que seguirán se forjará en la resistencia a toda forma de dominación.

Los africanos eran físicamente más fuertes que los caribes rojos y los conflictos entre los dos pueblos se hicieron frecuentes y crecientes. Al descubrir las intenciones de los caribes rojos, de librarse de aquellos negros advenedizos y tan diferentes en costumbres a ellos, asesinaron a todos los varones, desde los recién nacidos, los africanos huyeron a las serranías nororientales de San Vicente donde fundaron comunidades cimarronas.

El nuevo “territorio liberado” atrajo a otros muchos africanos llegados a América como esclavos, pero que lograban escapar de los europeos. La palabra “garífuna”—con la cual muy pronto se conocerá a estos cimarrones enmontaña-

dos— es un derivado del vocablo *caribe* o *galibi*, que evolucionó hacia *karibena galibina* (hijo de caribe, oriundo de galibi). El vocablo sufrió más cambios morfológicos (*caribana*, *galibina*, *galibuna*, *caliponan*) hasta convertirse en *garífuna*.

La religión fue desde el primer momento la energía que alimentó la resistencia de los garífunas. El culto a los ancestros, expresado en el rito del *walagallo*, que celebraban en sus comunidades cimarronas, estaba en el centro de sus creencias y de su rebeldía.

Las raíces africanas

El culto a los antepasados ocupó un lugar tan destacado en las religiones tradicionales de África, que muchos considerarán que todas eran, en lo sustancial, variantes locales de ese culto. Hoy, este culto aparece mezclado en África con elementos de islamismo, de cristianismo o

de otras manifestaciones religiosas, pero sigue siendo el centro de la religiosidad africana.

Es muy difícil saber cuánto de la actual cosmovisión de los garifunas nicaragüenses estaba presente en los africanos que llegaron a San Vicente y cómo se fusionaron sus creencias con las de otros grupos africanos, aunque el denominador común de todos debe haber sido el culto a los ancestros. La influencia de la religión de los amerindios de San Vicente debe haber sido mínima.

Pero hay un contraste fundamental entre el culto ancestral de garifunas actuales y el de los africanos tradicionales. Los ancestros africanos actúan de forma ambivalente. De ellos depende la fertilidad de la mujer, pero la pueden volver estéril. Ellos hacen brotar abundantes cosechas, pero también causan sequías. A los ancestros se les esquivo y se les necesita. Son impredecibles. Por eso son más temidos que amados.

Los ancestros garifunas son amados y sólo hacen el bien. Y si enferman a alguien es también para conseguir el bien. Es altamente probable que este cambio fundamental de enfoque se haya producido al fusionarse—durante un largo periodo de tiempo—el culto a los ancestros africanos con el cristianismo en su versión católica, transmitiéndose después este cambio de generación en generación y en forma oral.

En el catolicismo, los garifunas hallaron un hogar más cómodo que en el protestantismo. El misterio, el milagro y la magia, tres de las características más antiguas y poderosas de lo sagrado, están más presentes en la tradición católica que en la protestante. En el protestantismo, la estructura sacramental está reducida al mínimo y está desprovista de sus características más sagradas: la misa no supone ningún milagro, no se reza por los muertos, no existe esa inmensa red de intercesores que son los santos y que vin-

culan a los seres humanos con la divinidad, no hay continuidad entre lo visible y lo invisible... El culto a los ancestros encontró espacio en el catolicismo y tomó un lugar central en la comunicación entre el cielo y la tierra, entre Dios y los seres humanos, sustituyendo en gran medida la veneración a los “Santos oficiales” del catolicismo, generalmente lejanos y desconocidos para los garifunas, por los cariñosos y conocidos rostros de sus antepasados.

Guerras, paz, deportación

A comienzos del siglo XVIII, los caribes rojos—convencidos de su debilidad frente al nuevo grupo—solicitaron el apoyo de los franceses para enfrentarlo. Pero una fuerza naval francesa venida desde Martinica para desalojar de las montañas a los garifunas tuvo que retirarse ante emboscadas y ataques caracterizados por el arrojo y la astucia.

Los franceses intentaron entonces otra vía: la persuasión. De Francia llegaron a San Vicente misioneros para “pacificar” a los garifunas convirtiéndolos al catolicismo. Surge entonces otro sello característico de este pueblo. Se convirtieron, pero al hacerlo fueron tan audaces como lo habían sido en la guerra. Incorporaron

los símbolos cristianos a sus creencias religiosas africanas y con rapidez y naturalidad comenzaron a vivir una religión que era una interesante mezcla de tradiciones africanas y católicas. Cuando unos años después misioneros protestantes ingleses intentaron convertirlos al protestantismo, fracasaron por el arraigo que ya tenía el catolicismo entre ellos. Durante trescientos años han sido tenazmente fieles a su religión.

El tratado de paz de 1763 entre Inglaterra y Francia anexó los casi 400 kilómetros cuadrados de la isla de San Vicente al imperio inglés. Y de inmediato, los ingleses intentaron desalojar por la fuerza a los garifunas de sus extensas y fértiles tierras, pero aquel pueblo era ya muy numeroso y había fraguado una firme identidad étnica y religiosa, que le daba la convicción que tenía de defender aquella tierra, entregada por Dios y fecundada ya con la sangre de los antepasados. Por eso decidieron lanzarse a la guerra contra los ingleses.

Nadie ganó, nadie perdió y, en 1773, los garifunas hicieron la paz con los ingleses. Una paz muy frágil, porque a finales del siglo, los ingleses decidieron deportar por la fuerza a sus adversarios. El objetivo de los ingleses era doble: des-



FOTO: MARIA JOSE ALVAREZ



hacerse de una población tan rebelde y ocasionarle problemas a los españoles, sus enemigos en la región.

Pronto comprobaron los españoles que aquel era un pueblo trabajador y pacífico y permitieron a los garífunas instalarse a lo largo de la costa atlántica hondureña. Sus nuevas tierras tenían su centro en la ciudad de Trujillo y se extendieron por el sur hasta Stann Creek en Belice. Los garífunas llegaban a ellas como expertos agricultores y pescadores y con una experiencia también amplia en el trato con europeos, indígenas y población negra de habla francesa e inglesa. Pero a pesar de los cien años transcurridos y de estos múltiples contactos y mezclas llegaban también con su lengua y sus tradiciones intactas.

Expertos en hacer alianzas

“Nuestra historia de San Vicente se volvió a repetir aquí en Trujillo”, dice el profesor Isidro Sabio, que vive, enseña y recuerda en el barrio Cristales de la ciudad hondureña de Trujillo.

Para los garífunas la historia no es una línea recta. Es cíclica. La historia se repi-

te y una y otra vez se repiten en ella los mismos conflictos sociales, económicos y políticos. Sobre todo se repite en ella la acción salvadora de Dios, que cuida de su pueblo por medio de los ancestros.

Al llegar a tierras hondureñas, los garífunas se encontraron con una guerra que estaba en marcha y que enfrentaba a ingleses y españoles, ansiosos ambos de obtener el control de las costas de Honduras y del resto de Centroamérica, estratégicas para el comercio.

Muy pronto, los españoles decidieron que los garífunas serían buenos soldados en su ejército, y éstos descubrieron también, muy rápidamente, que tendrían más oportunidades de sobrevivencia si se aliaban con los españoles, más numerosos en aquellos territorios que los ingleses.

En 1807, cuando Inglaterra decidió poner fin a su participación en el comercio de esclavos, muchos de los africanos esclavizados en la región se dispersaron y esto provocó escasez de mano de obra a los españoles, que además de reclutar a los garífunas para su ejército, intentaron ponerlos a su servicio como esclavos.

La alianza españoles-garífunas entró en crisis y muchos garífunas huyeron hacia Belice y hacia el este de Trujillo, donde vivían los miskitos. La relación, inicialmente amistosa, entre garífunas y miskitos puso en guardia a los españoles: los miskitos –principales aliados de los ingleses– podrían influenciar a los garífunas para que apoyaran la causa británica. No fue así, pero las actividades de los ingleses en la zona –tala de árboles maderables y contrabando comercial– eran tan atractivas para los garífunas que éstos supieron trabajar con los enemigos de los españoles.

Aparecen entonces en el horizonte los franceses, ingleses y españoles que se unen, considerándolos rivales inaceptables. Son los años antifranceses (1803-1812), que llevan a Inglaterra y a España a firmar un tratado de unidad (1808). Años en que los garífunas fueron considerados como “peligrosos” por españoles y por ingleses porque tenían nombres franceses, hablaban francés y conocían a los franceses desde los tiempos de San Vicente. La desconfianza nacía también de la unidad y del indomable espíritu de independencia que los europeos veían como características de este grupo étnico.

La caída de Napoleón en 1815 desplazó el temor de los españoles: el peligro no era ya los franceses sino los independentistas centroamericanos. En las luchas de la independencia, los garífunas se aliaron a los españoles para defender sus tierras. Y cuando ya Centroamérica fue independiente y los liberales llegaron al poder, los garífunas se aliaron a los conservadores, viendo en el proyecto de los liberales una amenaza.

Las reformas liberales –especialmente los cambios en la tenencia de la tierra, con la eliminación de los derechos comunales– afectaban la sobrevivencia del pueblo garífuna. Por otro lado, la hostilidad de los liberales hacia la Iglesia Católica contribuyó a legitimar todavía más su

oposición a ellos. Por su tierra y por su religión combatieron a la par de los conservadores. Y cuando los conservadores fueron derrotados por las fuerzas militares al mando de Morazán, sonó para ellos la hora de que la historia iniciara un nuevo ciclo. Los garífunas volvieron a fundar comunidades cimarronas en Honduras e iniciaron su éxodo hacia la Costa Atlántica de Nicaragua.

Nicaragua: un comienzo nada fácil

Los garífunas llegaron a las costas nicaragüenses a partir del año 1832, aunque tardaron en establecerse en un lugar fijo. En 1860 había ya población garífuna cerca del puerto de Greytown, hacia el sur de Bluefields y, en 1880, los garífunas se instalaron permanentemente en las cercanías de la cuenca de Laguna de Perlas. Un año después, el líder religioso Juan Sambola fundó allí el que fue el primer poblado garífuna en tierra nicaragüense, lo bautizó con el histórico nombre de San Vicente.

En aquellos años, la Reserva de la Mosquitia, que tenía en Bluefields su capital, era prácticamente un enclave de compañías norteamericanas (madera, oro, banano, caucho). La histórica hegemonía comercial de los ingleses había pasado a manos norteamericanas y ya en 1880, entre el 90 y el 95 % del comercio de la región estaba en manos de inversionistas norteamericanos.

Los creoles —mezcla de africanos, europeos y amerindios— fueron el grupo étnico más cercano a los nuevos amos de la Costa y pronto el inglés creole se convirtió en la lengua franca de la zona. El auge de los creoles iba a la par del descenso de la hegemonía política y económica de los miskitos. Su alianza con los ingleses había sido la clave del poderio miskito, muy hegemónico, lo que obligó a otros grupos indígenas —los sumos, por ejemplo— a desplazarse a áreas alejadas del dominio miskito. Estas tensio-

nes entre las etnias, relacionadas con los cambios sociales y económicos en la Costa, impidieron a los garífunas asentarse establemente a su llegada a Nicaragua.

Así narra e interpreta aquellos difíciles comienzos don Absalón Velásquez, patriarca de Orinoco: “Al comienzo no fue fácil encontrar un lugar tranquilo donde poder vivir. Tuvimos que andar huyendo de un lugar a otro para no tener problemas. Mi bisabuelo me contaba que la gente nos llamaba trujillanos, por desprecio. Pero todo lo que nos pasa a nosotros ya le pasó antes a Jesús y le pasó igual a nuestros ancestros, en San Vicente y en Trujillo. Jesús también padeció. A él lo humillaron, no le dieron lugar donde nacer y hasta lo mataron. En aquellos años difíciles también comienzan a morir los primeros garífunas en Nicaragua. Las enfermedades, las epidemias, la vejez: esas cosas siempre se nos pegan rápido. Entonces comenzaron a ser enterrados en tierra nicaragüense nuestros antepasados. Y ya los garífunas le vamos tomando amor a estas tierras de la Costa de Nicaragua. Cuando alguien tiene un familiar enterrado en un lugar, uno le agarra más amor a ese lugar, como que uno tiene algo que le pertenece en esa tierra”.

Tiempo de enclaves y el gobierno de Somoza

Por su capacidad de trabajo, los garífunas encontraron empleo en las compañías norteamericanas bananeras y madereras como responsables de máquinas y botes. Las pequeñas ventajas económicas que conseguían en los enclaves, gracias a sus habilidades —muy valoradas por capataces y administradores gringos— hicieron que miskitos y creoles los miraran con recelo. El catolicismo de los garífunas también provocaba en ellos rechazo. Creoles y miskitos seguían el protestantismo, al que habían sido convertidos por los misioneros moravos desde mediados del siglo XIX. Pero las tensiones, que eran muchas, no llegaron a más, porque la cautela y astucia (*chuari*) garífuna pasó con buena nota este examen de la historia.

A partir de 1930, con el retiro de las compañías norteamericanas a causa de la depresión mundial, la situación de los garífunas y de los otros grupos étnicos se hizo crítica. Difícilmente subsistían. La prolongada presencia de la economía de enclave distorsionó a la Costa Atlántica y al final sólo dejó miserias. A sus 80 años, don Gregorio Arana aún recuerda aquella época de crisis: “No había tra-



FOTO: MARIA JOSE ALVAREZ

bajo. Si íbamos a Laguna de Perlas o a Bluefields a buscar trabajo, los creoles preferían darle trabajo a uno de ellos. A nosotros nos decían que éramos trujillanos, no nos veían como nicaragüenses. Sobrevivíamos porque en los poblados garífunas compartíamos lo poco que teníamos. Nunca nos vendíamos nada entre nosotros. Si usted conseguía unos platanitos o cualquier otra cosa, usted le daba a su vecino o a otro de la familia. Cuando usted no tenía, otras familias le daban y así nos ayudábamos. Pero no fue fácil.”

En la década de 1950, el gobierno de Somoza se propuso integrar geográfica y culturalmente la Costa Atlántica al resto del país para sumar las tierras costeñas al “boom” agroexportador. La integración de la Costa significaba la imposición de la lengua española en el sistema educativo de la región. Los creoles lograron resistir, pues su idioma les permitía conectarse con los nuevos grupos de poder económico extranjero que se aliaron a Somoza. Los garífunas decidieron entonces adoptar el idioma creole, no como señal de sumisión, sino como un medio de defensa, en su compás de esperanza de tiempos mejores.

En los años 60, la economía del sur de la Costa experimentó una mejoría. La presencia de inversionistas norteamericanos, de cubanos batistianos que fueron invitados por Somoza a invertir en la Costa y las inversiones de la familia Somoza posibilitaron la reactivación. En las zonas de Laguna de Perlas, Kukra Hill, Tasbapauni y en las áreas garífunas se superaron los niveles de sobrevivencia con la revitalización de la industria de la pesca.

En la década de los 70 se intensificaron en la Costa algunos programas de “ayuda” de agencias norteamericanas y organizaciones del gobierno somocista. En los dos poblados garífunas, estos se centraron en la pesca, pero no tuvieron mucho éxito. En opinión de algunos garífunas



FOTO: MARIA JOSE ALVAREZ

hubo mucho problemas de desorganización y corrupción. “Decían que venían a ayudarnos –recuerda Agustín Cayaso, de Marshall Point–, pero venían un día a decir algunas cosas y luego no los volvimos a ver. Esa gente no entendía nuestra manera de trabajar ni nuestras costumbres”.

Salir de la clandestinidad

En la década de 1980, durante el gobierno sandinista, dos aspectos clave dieron a los garífunas en particular grandes esperanzas de fortalecer su identidad étnica: la promesa de legalizar las tierras donde históricamente habían vivido las comunidades y la participación de todos los grupos étnicos de la Costa en los asuntos económicos, políticos y sociales, tanto en la región como en el ámbito nacional. Frente a los creoles, de quienes estaban sufriendo opresión étnica y de clase, y frente a los miskitos, con quienes mantenían fuertes tensiones por problemas de tierras, los garífunas se llenaron de expectativas. Desafortunadamente, esas esperanzas se esfumaron porque no se les dio lo prometido. Sin embargo, la tenacidad en la lucha por la tierra sigue intacta.

Fue también en la década de los 80 cuando se dio a conocer en la Costa Atlántica y en el resto de Nicaragua el rito del walagallo. Este rito religioso, central en la cosmovisión garífuna, salió así de su clandestinidad y con él los Garífunas salieron de su anonimato. “para ese tiempo –recuerda con orgullo Félix Sinclair– presentamos el walagallo en unas fiestas que se hacían en Bluefields que se llamaban Mayo Ya. Mucha gente de la Costa y de otros lugares no sabía qué era el walagallo. En todos aquellos años venían también a nuestras tierras grupos musicales y de bailes de Haití, Cuba, Jamaica, Honduras, Belice y otros países del Caribe. También todos nos comienzan a decir Garífunas”.

Y don Silverio Sambola, líder religioso, añade: “Los garífunas también nos sentíamos orgullosos en aquellos años de tener dos sacerdotes católicos que son garífunas y eran reconocidos así. Era para nosotros como un regalo de Dios. Nunca habíamos tenido antes esa dicha en más de cien años de estar en Nicaragua. Ellos reforzaron nuestra fe, ellos sí comprendían todas nuestra creencias y conocían nuestra historia.”

Los ancestros: amados, respetados, decisivos

“En la historia nuestra, en África, en San Vicente, en Honduras o en Nicaragua siempre estuvieron presentes nuestros ancestros –afirma el sukia de Orinoe y de todos los garífunas de Nicaragua Isidro Zenón. Es por los ancestros que Dios nos escucha y es por ellos que Dios nos contesta”.

El culto a los ancestros –especial en las religiones africanas– es el núcleo de la cosmovisión religiosa de los garífunas, que se mezcló a través de un largo proceso con elementos del catolicismo. Del culto a los ancestros surge una ética y una respuesta a los conflictos sociales y políticos que en sus trescientos años de historia han tenido que enfrentar los garífunas.

nas. El walagallo es el rito en donde más claramente se expresan los contenidos del culto a los ancestros.

Los ancestros o espíritus *gubidas* —éste es el nombre colectivo que dan los garífunas a los familiares fallecidos— son los abogados de los vivos en su diario caminar. Pero el ancestro no es un simple difunto. Es quien al morir ha sido fiel a Dios y a las tradiciones de su pueblo. “Transformar al difunto en ancestro” es el proyecto ético del pueblo garífuna del que nace todo un programa religioso y sociopolítico, que mantiene unida y organizada a esta etnia.

Los ritos religiosos, basados en el culto a los ancestros, se hacen presentes en todas las etapas de la vida de los garífunas, pero se condensan especialmente en el nacimiento, la enfermedad y la muerte, y más especialmente en la enfermedad, cuando se realiza el central rito del walagallo. Aunque existen otros ritos —matrimonio, bendición del hogar, confirmación, etcétera, no tienen tanta relevancia.

Cuando se pregunta a los jóvenes garífunas de Nicaragua sobre sus tradiciones y creencias religiosas hacen constante referencia a las parteras, al sukia, a los curanderos, a las abuelas y abuelos, que son quienes les han transmitido el culto a los ancestros. “Yo no conozco tantos secretos y costumbres como mi abuela sabe de los ancestros, pero yo creo”, es una respuesta muy común entre los más jóvenes, que desde que nacieron fueron ofrecidos a la protección de los ancestros y escucharon hablar de ellos.

El poder que viene de los espíritus de los antepasados, la sabiduría que ellos transmiten llena toda la vida de los garífunas. Los ancestros les dan agudeza para captar los secretos de la naturaleza y de la historia, los hacen sensibles a la alegría y al dolor, les transmiten amor y disposición para el canto y la danza —



FOTO: MARIA JOSE ALVAREZ

que no son sólo arte o diversión, sino vehículo para que los vivos se comuniquen con los muertos. Gracias a la sabiduría ancestral, los garífunas tienen destreza en la pesca y en la caza, en la agricultura y en la cocina, gracias a ellos saben como defenderse de las enfermedades. Leyes, tabúes, ritos, secretos y todas las normas de conducta personal y social proceden de los ancestros y llegan a todos a través de la tradición oral. Son los ancestros quienes han enseñado a los garífunas todas las estrategias de sobrevivencia para mantenerse como pueblo. Cuando un garífuna se aparta de las enseñanzas de los antepasados rompe la alianza con ellos y queda sin su protección. De *idehati* (servidor del grupo) se convierte en *wuribati* (quienes puede traicionar o destruir al grupo). Los ancestros son los mediadores. La imagen de Dios se hace accesible a los garífunas a través de los rostros concretos y vivos de los padres, abuelos y bisabuelos que ya murieron.

El ancestro mayor

Jesús de Nazaret no fue garífuna ni pisó tierra garífuna. Sin embargo, la religión de los garífunas ha hecho del hijo de María el arquetipo de los antepasados, el Ancestro Mayor. Para los garífunas, Je-

sús es el modelo de ser humano obediente a Dios, que cumplió con las enseñanzas de sus antepasados y por esto, Dios no lo abandonó a la muerte y lo resucitó de entre los muertos. La resurrección de Jesús es señal de la victoria de la vida sobre la muerte, esencial en la cosmovisión garífuna.

En esta inclusión de Jesús en el mundo de los ancestros está el punto clave para entender la religión sincrética de los garífunas. Los garífunas se sienten miembros de la Iglesia Católica y testimonian su fe en Jesucristo, pero lo hacen desde sus condiciones africanas, desde el culto a los antepasados. Viendo en Jesús al Ancestro Mayor asumen el catolicismo sin perder su identidad. Haciendo de Jesús un modelo para los garífunas e incluyéndolo entre los ancestros a quienes dan culto, realizan una fusión de los elementos centrales del catolicismo y de la religión africana.

Tierra, mar y cielo

Para el garífuna, Dios se manifiesta en la naturaleza a través de la tierra, el mar y el cielo. Del mar surgen muchos alimentos, es vía de transporte y es elemento esencial en la vida diaria de los garífunas, que siempre vivieron junto al mar.



FOTO: MARIA JOSE ALVAREZ

El mar es símbolo de la autonomía, de la autosuficiencia y de la adaptabilidad de este grupo étnico.

El cielo es la morada donde vive el Dios creador y los ancestros. Es también el lugar de donde viene la luz del sol, luz de Dios y luz de los ancestros, que iluminará el camino del garífuna a lo largo de su vida. La luz de la luna guía la actividad productiva de la comunidad.

La tierra no significa solamente el lugar donde se vive o la fuente de muchos alimentos. La tierra es sagrada porque los garífunas la heredaron de sus ancestros, que la recibieron como un regalo de las manos de Dios. Por ser de Dios la tierra es de todos. Ser despojados de la tierra o ver destruida la tierra –desastres ecológicos– no sólo atenta contra la sobrevivencia del grupo sino contra el mismo Dios, contra los valores religiosos y mo-

rales de la comunidad, contra toda la filosofía de la vida que tiene este pueblo.

Los servidores de la comunidad

Tres cargos tienen relevancia en la comunidad garífuna: el sukia (jefe, guía espiritual), los curanderos y las parteras.

Entre las facultades del sukia, la principal es la comunicación directa con los espíritus de los ancestros. Es él el encargado de dirigir la máxima ceremonia ritual de los garífunas, el *walagallo*. (En Honduras y Belice se llama *buyeia* a los sukias, que también pueden ser mujeres).

Los médicos de yerbas o curanderos/as (*queyahoti*) son los encargados de conservar la salud de la comunidad y de enseñar a los más jóvenes las propiedades curativas de las diferentes plantas medi-

cinales de la zona y las fórmulas para preparar los conocimientos.

Las parteras (*gagudahot*) se encargan de cuidar a las embarazadas y de asistirles en el parto. Son ellas quienes reciben a los recién nacidos en nombre de la comunidad y transmiten sus conocimientos a las parteras jóvenes.

Sukias, curanderos y parteras gozan de mucho prestigio y respeto en la comunidad, que los consideran los depositarios de los secretos y conocimientos de los antepasados. Por su importancia social, corresponde a ellos crear armonía y buenas relaciones entre los miembros de la comunidad y también entre los vivos y los muertos, entre la comunidad de los vivos y los ancestros.

Los sukias, los curanderos y las parteras tienen la profunda convicción de que sin

la fuerza de Dios no podrían hacer ningún trabajo eficaz en favor de la comunidad. Por eso ofrecen siempre su trabajo a Dios, como una muestra de agradecimiento y en reconocimiento de su bondad y poder.

Ha nacido un niño

Las parteras garífunas tienen la tarea de acoger e integrar al recién nacido a la comunidad. El rito tiene dos momentos. Primero, la partera invoca a los espíritus de los antepasados, a los *gubidas*, para que protejan al niño. Después se realiza con agua el rito católico del bautismo, ofreciendo el niño a Dios, agradeciéndole por la nueva vida y rogándole para que sea un buen garífuna, un miembro solidario de la comunidad.

Cuando el parto es difícil y el niño y la madre corren el riesgo de morir, los ancestros juegan un papel central para salvar la vida de ambos a través del rito de la piedra del trueno.

La piedra del trueno es una piedra maciza de color café oscuro, de forma más o menos redonda, de unos diez centímetros, que los ancestros africanos de los garífunas les dejaron como herencia para este momento difícil.

La piedra se pone a hervir y con lo que destila se hace un cocimiento, en el cual también se echa un poco de guaro y las yerbas de la zona: *guinijen* y *brumweed*. La mujer que está dando a luz bebe este cocimiento, mientras la partera invoca a los ancestros, lo que da a la mujer en apuros un fuerte sentimiento de pertenencia al pueblo. Entre los seis grupos étnicos que habitan la Costa Atlántica nicaragüense, sólo los garífunas conocen y emplean la piedra del trueno. El niño nacido después de este rito entra al mundo con un especial "sello" garífuna.

En el parto es también fundamental que la partera detecte cuándo un niño o niña nace con *laguei*. Se trata de una telita o

pellejito que cubre la cabeza de algunos niños al nacer. No todos los niños nacen con ella. Tenerla al nacer indica que ese niño o niña llegará a ser un *idehati*, un servidor de la comunidad, que llegará a ser un buen doctor en yerbas, una partera o un *sukia*, cargos claves dentro de la organización social garífuna.

Si hay *laguei*, la partera debe retirarlo y ponerlo a secar en el techo de la casa; sin que nadie lo toque ya seco, lo envuelve en un trapo rojo o negro —rojo y negro son los colores que mantienen alejados a los malos espíritus. El *laguei* servirá después para hacer medicinas. Es responsabilidad de toda la comunidad que el niño o niña nacidos con *laguei* adquiera la mística de los ancestros —solidaridad comunitaria y servicio al grupo— y no oriente la "fuerza" al nacer hacia el mal camino.

La partera tiene también la responsabilidad de enterrar la placenta del niño en un hoyo, cerca de la casa de su madre. "Yo escuché a mi abuelo —dice la partera de la Fe, Clara Estrada— que la placenta no se debe nunca dejar tirada sino que hay que ponerla dentro de la tierra, que así queda protegida." Con este rito de la placenta, el niño queda para siempre ligado a la madre tierra y a su comunidad. La placenta enterrada, y más adelante el cuerpo muerto también enterrado, hace sagrada la tierra para los garífunas. Ser despojados de esa tierra a la que están vinculados desde el nacimiento hasta la muerte es una injusticia social y también la incertidumbre y el caos.

Finalmente, la partera ofrece el niño recién nacido a Dios. Al ofrecerlo le agradece a Dios la nueva vida y reconoce que el tiempo que ese ser esté en la vida depende de Dios, está en sus manos. Es el momento del bautismo. Lo realiza el sacerdote católico y si no está él, la partera echa al niño agua bendita, bendecida por el sacerdote a su paso por la comunidad. Algunas parteras abren la Biblia

en una mesita o en la cama, mientras echan el agua, que es agua de romero mezclada con limón. Es en la protección de Dios y en las acciones positivas de los garífunas —solidaridad humana, respeto a los ancianos y a los padres, defensa de la familia y del grupo étnico— donde se concreta el pacto entre Dios y el recién nacido que se simboliza en el rito del bautismo.

Un hermano va a morir

Walagallo (danza de los gallos) le llaman los garífunas de Nicaragua. *Dugu* le dicen los de Honduras y Belice. El objetivo central de este rito central del pueblo garífuna es la curación de una persona que está enferma grave y con grandes posibilidades de morir, al padecer una dolencia "enviada directamente por Dios" o al estar poseída —en aparente contradicción, dado su papel bondadoso— por un ancestro. El espíritu que la posee y la enfermó puede ser el del papá, el de la mamá, el de los abuelos o el de algún familiar cercano.

Si es así, el espíritu del familiar difunto enferma con la función de sancionar la conducta de su familiar, que se está portando mal. La enfermedad es un aviso para que cambie de vida, por que su mal proceder le hace daño no sólo a él sino a toda la comunidad. Esta manera de entender la enfermedad expresa la convicción de que los antepasados tienen autoridad sobre sus hijos y nietos y participan en su vida y la observan y juzgan. El enfermo y sus familiares acuden al *sukia*, que tiene el poder de comunicarse en sueños con los espíritus de los ancestros, para que estos le digan si debe realizarse o no el rito del walagallo. Si es así, el *sukia* será el responsable de que todo el rito se desarrolle siguiendo fielmente todas las normas de la tradición. De esta fidelidad depende el éxito del rito.

Complacer a los ancestros y obtener de ellos más tiempo de vida para el enfermo es lo que busca la comunidad con el

walagallo. Porque aplacando al ancestro que “lo enfermó”, el enfermo se cura y cambia su conducta desviada. O porque los ancestros interceden ante Dios – que le envió la enfermedad– y obtienen de él un permiso para prolongarle el plazo de la vida. Si el walagallo no logra la curación del enfermo y éste muere, el ritual logra para el enfermo una muerte en “buena ley”, una muerte llena de sentido, que le permite entrar a la morada de Dios.

El walagallo es una ceremonia llena de esperanza. Esperanza en que van juntas la conciencia de las limitaciones de la vida y la resistencia a admitir que la enfermedad se convierta con la muerte en algo definitivo. La comunidad tiene la esperanza y el convencimiento que el walagallo dará al hermano en crisis más tiempo de vida o vida en el más allá.

“Nunca podemos salir perdiendo si hacemos el walagallo –dice Jorge Velásquez, de Marshall Point–. El espíritu de nuestros padres y abuelos siempre nos protege. Ellos sufren cuando tenemos una mala conducta o cuando estamos en algún peligro. Cuando los espíritus piden un walagallo, todo depende de la fe que se tenga para que no se cure. O para que uno gane la vida eterna. Sin fe es mejor no hacer el walagallo, porque no sale bien”.

Construir el mundo de los antepasados

Cuando el sukia confirma que los espíritus gubidas solicitan la realización del walagallo para curar el enfermo, sus familiares se ponen en movimiento. Todos los parientes y toda la comunidad deben contribuir con algo: con dinero para comprar lo necesario, buscando o preparando la comida ritual aportando los gallos y gallinas que serán sacrificados, facilitando medios de transporte o los materiales para construir el lugar del rito o disponiéndose a participar en el baile, el canto incluso o el tocar de los tambo-



FOTO MARIA JOSE ALVAREZ

res. Se solicita la presencia y la contribución de familiares que viven en el extranjero. La tradición es que por pobre que sea, todos deben contribuir con algo. “El walagallo es una celebración de todos los garifunas como familia –comenta don Leopoldo Flores–. Es toda la raza que se reúne con los espíritus gubidas. Allí nos sentimos entre hermanos. Y si usted está peleado con un hermano o un familiar y no se hablan, allí vuelve la amistad. No hay odio ni pleito en ese momento. Se olvidan los disgustos y los

enojos y así los espíritus de los difuntos se alegran”.

Como norma del rito, el enfermo debe tener un padrino y una madrina. Ellos representan el apoyo que la comunidad le da. Como miembros del equipo del sukia, los padrinos son interlocutores entre éste, el enfermo y los que participan en el rito. Generalmente, los espíritus le comunican al sukia quiénes deben ser los padrinos, en otros casos es el enfermo quien los elige.

El walagallo es una ocasión de encuentro entre las viejas generaciones con las nuevas, y en algún sentido, con las generaciones futuras, porque la participación de los niños, en determinado momento del rito, es de gran importancia. Grandes y pequeños, vivos y muertos se reúnen para celebrar la vida.

Lo primero es construir una casa *dibasen*. La realización del rito requiere de un lugar que no haya sido habitado por seres humanos. El Dibasen se forma rectangular, y aunque sus medidas pueden variar tiene generalmente cinco metros de ancho por cinco y medio de largo. El dibasen reproduce simbólicamente “el mundo de los ancestros” y da esperanzas al enfermo que entra en él, asustado, ante la posibilidad de la muerte. La construcción del dibasen expresa el intento de poner en orden el caos que significa la enfermedad y busca santificar el mundo garífuna haciéndolo al gusto de los antepasados. Simboliza nueva vida para el enfermo y para el grupo étnico. Con sólo atravesar el umbral del dibasen, el garífuna participa del mundo ancestral, un mundo que es orden y vida.

Es esencial que el piso del dibasen sea de tierra. Y que en el centro de la casa ritual se levanten dos cúmulos de tierra en forma de tumba. En ellos está el corazón mismo del rito del walagallo. Entre los garífunas existe una fuerte asociación ancestro-tierra. Los ancestros están místicamente apegados a la tierra que pisaron y en la cual están enterrados. Durante el rito del walagallo, las voces de los ancestros emanarán de los dos cúmulos de tierra. “Los dos montoncitos de tierra se llaman *mua* y no pueden faltar –dice doña Dominga Velásquez. A los espíritus no les gusta entrar a casa de tambo porque hace mucha bulla. La tierra es la que les agrada”.

En la cosmovisión garífuna, la tierra es también el campo de batalla entre los buenos y los malos espíritus, en lucha permanente por apoderarse de la tierra

ancestral. El dibasen será el lugar de esta lucha, mientras dure el rito. Toda la etnia, junto a los espíritus de los familiares difuntos, luchará por expulsar a los malos espíritus y por acompañar la victoria de los espíritus gubidas.

Los dos cúmulos representan el lugar que pertenece a ellos, los espíritus gubidas. El lugar donde irá el enfermo si muere, está representado por uno de estos cúmulos. Durante el rito del walagallo, la comunidad debe expulsar a los malos espíritus de ese segundo cúmulo, y hacerlo significará salud para el enfermo y regeneración para la etnia. Simbolizará la victoria de Dios sobre el proyecto del diablo.

Las comidas y bebidas rituales se colocan encima de los dos cúmulos de tierra, para que los espíritus, cuando aparezcan, los puedan probar antes que nadie. La señal de que el espíritu gubida se hace presente en el rito se da cuando alguien empieza a bailar en forma distinta al grupo, cuando entra “en trance”. Sus movimientos revelan que el espíritu gubida baila a través de él.

Si en la enfermedad el espíritu gubida se había apoderado del cuerpo del enfermo para advertirle de su mala conducta, la curación es la salida de ese espíritu del cuerpo enfermo y su retorno a la tierra. Durante el rito, la tierra se convierte en medio de comunicación entre vivos y muertos, y en medio de curación. “Es hasta que el espíritu vuelve a la tierra que descansa, porque lo hemos complacido. Y es hasta entonces que el enfermo se siente mejor y se cura”, dice el sukia Isidro Zenón. A través de la madre tierra se produce un segundo nacimiento del enfermo y de toda la etnia.

La puerta principal del dibasen debe colocarse hacia el este, por donde sale el sol. La otra hacia el oeste, por donde se esconde. El baile ritual comienza en la mañana, con los primeros rayos del sol, que calientan y alumbran la casa. En la

noche los bailes harán salir los malos espíritus por la puerta del oeste. En la casa sólo se abre una ventana, junto a la que se colocan los que tocan los tambores. Los malos espíritus no podrán entrar por esa ventana, porque los ruidos de los tambores los espantan. Es responsabilidad del sukia regar con una pipa humo de la planta estimulante *bubé* por todos los rincones de la casa ritual y especialmente sobre los dos cúmulos de tierra para mantener alejados a los malos espíritus.

Lista la casa, donde la tierra con su calor de madre y el cielo con su luz son partes esenciales y presente la comunidad de los vivos y los muertos, están listas las condiciones para iniciar el walagallo, que es la batalla por la vida. Los tambores, el canto, la danza, y la sangre de los gallos se unen en un solo grito ritual para obtener de Dios la curación del enfermo.

La batalla es danza

El baile del *hamalijani* (aplacamos a los ancestros) es el centro del rito del walagallo. Es el momento del rito en que se realiza la curación del enfermo. Para lograrla, los ancestros ponen a bailar a toda la comunidad. La batalla –el baile– se inicia el viernes a las doce de la noche. “Es la hora en que los malos espíritus pretenden entrar en el dibasen. En la primera noche del walagallo ellos buscan molestar, y hay que expulsarlos, porque allí sólo queremos a los espíritus gubidas”, dice el sukia Isidro Zenón.

A la misma hora en que se inicia el baile debe ser sacrificado un gallo o una gallina del enfermo. Esa sangre es curativa, y es la que lo pondrá nuevamente en pie, la que lo sanará. Muchos pueblos africanos consideran el gallo como poseedor de la ciencia del tiempo, porque anuncia puntualmente la llegada del día. Y creen que al sacrificar a un ser que tiene esta trascendental dimensión cósmica, los seres humanos se insertan en el corazón del universo.



FOTO: MARIA JOSE ALVAREZ

La sangre del gallo tiene poder para expulsar a los malos espíritus del dibasen y para asegurar en él la presencia de los espíritus gubidas. También sirve de expiación por el mal que el enfermo pudo haber hecho. Con la sangre del gallo o la gallina se riega la tierra y esta sangre debe penetrar en la tierra, la tierra debe “chupar esa sangre, que se derrita en la tierra porque eso quiere decir que nuestro mensaje ha llegado a los espíritus.” Al fundirse la tierra y la sangre —que es abono

y alimento de la tierra— se repite simbólicamente el acto creador por el que Dios dio vida a los seres humanos.

El segundo canto del hamalijani se hace al salir el sol. Con las primeras luces del día entran a la casa ritual los espíritus gubidas. Antes de que lleguen, y para recibirlos bien, el sukia limpia los cuatro puntos cardinales del dibasen con el humo del *bubé*. El sukia echa también ese humo purificador sobre los dos cúmulos de tie-

rra, encima de los tambores y en el cuerpo del enfermo.

“El enfermo se va a curar y todos quedaremos limpios”, dicen los cantos garífuna en este momento del rito.

Las mujeres bailan sin cesar y los hombres dan vueltas alrededor de los dos cúmulos de tierra. El enfermo siente que no está solo. Suenan los tambores acompañando los cantos y los bailes, que durarán ininterrumpidamente tres días completos y dos noches, hasta que el enfermo sane.

Los tambores son los elementos esenciales en el rito, tanto para curar como para agradar a los espíritus. Una celebración sin tambores no es celebración garífuna, y un garífuna al que no le guste el sonido del tambor no es garífuna. Son tres los tambores que se emplean. El del centro se llama “tambor-corazón”, porque su ritmo sigue el compás de los latidos del corazón, el ritmo de la vida. Es el que juega el papel más importante en la curación del enfermo. Los otros dos tambores complementan el ritmo, pero no tienen poderes curativos.

El sukia va orientando a quienes tocan los tambores, indicándoles que lo hagan con más o menos fuerza, según vea el que van saliendo los malos espíritus o van llegando los espíritus gubidas.

El baile y el canto, que siguen el ritmo de los tambores, ahogan el dolor y la angustia ante la muerte, gritan la rebeldía de la comunidad ante las amenazas del mal que pretende destruir al pueblo y expresan la fe de un pueblo que enfrenta las dificultades con alegría. “El que no conoce nuestra cultura —dice Mélida Flores— puede decir que es un irrespeto bailar y cantar cuando alguien está enfermo o muerto, pero no es así. Nosotros cantamos nuestros sufrimientos y alegrías. Así lo hicieron nuestros ancestros. Es como cuando alguien llora y llora y des pues se siente distinto.

como menos pesado. Así pasa con el canto y el baile. Usted lucha para que no lo venza la muerte. Y ése es el secreto garífuna”.

El canto y la danza tienen también un claro sentido penitencial. Aceptar gozosamente el sacrificio de la fatiga que produce bailar tres días y dos noches seguidas, sin claudicar ante el cansancio, es también un rito de sacrificio y expiación.

En el segundo canto del hamalijani se sacrifica una docena o más de gallos que pertenece a la comunidad. El número depende de las familias que participan y de los regalos que se hacen al enfermo. Al bailar, los danzantes alzan y bajan rítmicamente los gallos según las indicaciones que les da el sukia, que busca hacer crecer el ritmo, haciéndolo más y más intenso. Cuando el sukia ordena parar la música, los gallos deben morir. Se les sacrifica estrellándolos contra la tierra. La expiación que realizan la sangre derramada de esos gallos rompe el vínculo entre el pecado y las desgracias que éste ocasiona a la comunidad. Con la muerte de los gallos termina el baile. De la fusión tambor-tierra-sangre-ancestro desarrollada en toda la ceremonia nace de nuevo el enfermo y la etnia y se regenera el universo garífuna.

El banquete: comunión entre vivos y muertos

Una vez que el universo garífuna ha sido purificado y se ha eliminado el pecado del enfermo y el de la comunidad, la etnia y sus ancestros entran en comunión a través de un banquete, en que vivos y muertos comen juntos para celebrar el triunfo de la vida sobre la muerte, de la luz sobre las tinieblas.

Desde el comienzo fueron colocados en los cúmulos de tierra los guacales con las comidas y las bebidas rituales. En el banquete del walagallos no puede faltar el pan de yuca o casabe, una sopa que se hace con mariscos, verduras –ñame,

yuca, plátano verde y maduro, y leche de coco, el fufú (malanga, yuca, banano y yampi) el arroz dulce y el tamal de banano. También se preparan diferentes clases de atoles. En algunos casos, los espíritus pueden pedir a la comunidad que haya tortuga, pescado, vaca, cerdo o la carne de otros animales difíciles de conseguir en el monte. En ese caso hay que esforzarse por traerlos. “Si ellos lo piden y no se consiguen, mejor no hacer el walagallos”, opina el sukia Isidro Zenón. Las bebidas se colocan también en guacales sobre los cúmulos. Son varias: harina de yuca con agua, chicha de piña con jengibre y azúcar y el contibu, que es amarga y con propiedades estimulantes y gástricas.

Los espíritus gubidas son los primeros en saborear las comidas. Se sabe que las han comido, porque “la esencia de la comida cambia y los platos ya tienen un sabor diferente”. Después que comen los espíritus, el enfermo se levanta y se sirve el primero.

Después todos se van sirviendo. A través de este rito, los garífunas experimentan que su vida depende de la comida que les da la tierra y el cielo. Compartir la comida es compartir la vida. Al final, los niños comen también, pero esta parte del rito debe ser breve, porque “las almas de los niños son demasiado tiernas y no deben tener un contacto largo con los muertos”. Es creencia de los garífunas que los espíritus gubidas se alegran mucho de ver llegar a sus nietos y bisnietos a compartir la comida con ellos.

El walagallos comienza siempre el viernes en la noche –“es la hora en que Jesús fue entregado a las fuerzas del mal y es el día en que él murió”. Termina el domingo, “el día en que Jesús resucitó a la vida”. El desayuno y la comida de esa mañana de domingo son también comunitarios. En ese momento, ya se han ido del dibasen los espíritus gubidas, pero la etnia permanece reunida en la presencia de Dios, compartiendo con esas comidas

el mismo proyecto, el mismo destino y el mismo ideal de convivencia que les enseñaron los ancestros. “Esa mañana se visita al enfermo, que ya ha mejorado – dice don Isidro Zenón. Bebemos café, cacao. La gente comenta, ríe, están todavía con sueño, pero lo principal es la alegría: el enfermo se ha curado y el trabajo ha sido exitoso”.

En el rito del walagallos está implícito todo el mundo de valores de los garífunas: se concentra en él solidaridad comunitaria, el respeto a los antepasados, la fe en Dios, la lucha por la vida, la trascendencia de la alianza entre Dios y su pueblo, la gravedad de la ruptura de esta alianza y la necesidad de rectificar o renovarla cuando en el horizonte aparece la enfermedad y la muerte.

En la hora de la muerte

No siempre el enfermo se cura, aún cuando la comunidad celebre el walagallos pidiendo para él más tiempo de vida. En los ritos con que reciben la muerte los garífunas tratan de superar colectivamente la angustia y mostrar, también colectivamente, la esperanza de la vida en el más allá y la serena certeza de que la intercesión de los ancestros y la alianza del grupo étnico con Dios son las claves para enfrentar el enigma de la muerte.

Cuando el garífuna nace, la partera, en representación de la comunidad, recibe al niño, invoca a los ancestros y ofrece el recién nacido a Dios. Cuando el garífuna muere es la comunidad la que actúa como partera colectiva y entrega al muerto-niño a Dios, invocando a los ancestros para que sea recibido en la morada celestial. En la tradición africana, el que muere es como un niño, porque está naciendo a una nueva vida en el mundo de los muertos-vivos.

“En la agonía uno está como cuando viene saliendo de la mamá –dice doña Evangelina Zenón–. Uno está con miedo y débil y no sabe a dónde va, pero

Dios sí sabe qué hace con nosotros y por qué llegó el turno de morir”. Lo esencial del rito de la muerte es acompañar al que está muriendo y no dejarlo solo. “Hay que mirar hacia el este —completa doña Evangelina—, donde están los espíritus gubidas. Y rezar en silencio. Uno se aguanta de no llorar. Nuestros mayores nos decían que hay que dejar al que agoniza que hable solo con Dios y estar cerca de él, pero en silencio. No se debe llorar ni mirarle a la cara, para que el que va a morir se encuentre con Dios”.

“Mi bisabuela me enseñó —recuerda Claudia Velásquez— una oración garífuna muy antigua, para ayudar al que está en agonía. ‘Dios mío, mire por mí’ (*Ari-jabanon Bungiu Nuguchi*). Y esto se dice en nombre del niño que nace y de la persona que está muriendo”.

Cuando tras la agonía llega la muerte, los garifunas bañan ritualmente al difunto. “El difunto es como un niño que hay que asear”. En el baño se expresa la lucha y la decisión de los vivos por hacer del difunto un ancestro. En el baño —acción trascendental, no meramente práctica, se expresa también que los garifunas viven la muerte como un tránsito y no como un final.

Para el garífuna el cuerpo del difunto no es un despojo, un desecho que esté destinado a podrirse. En la cosmovisión garífuna no hay contradicción entre cuerpo y espíritu. Enemistar al cuerpo con el alma impediría que el difunto se transformara en ancestro y fuera un muerto -vivo dentro de la comunidad de los vivos. La eficacia del rito del baño —purificación análoga al bautismo del niño— consiste en obtener de Dios, para él, una buena muerte, que es sinónimo de transformar al difunto en ancestro.

También forma parta del ritual de la muerte bañar con humo de yerbas a todas las personas que estuvieron en contacto con el cadáver.



FOTO. MARIA JOSE ALVAREZ

Corresponde después a la comunidad construir el ataúd, arreglar la vela, colaborar con la comida y el café que se reparten. Siempre hay en las comunidades garifunas sociedades para hacer frente colectivamente a las definiciones.

Con la muerte, el niño que salió de Dios vuelve a las manos de Dios como muerto-niño. El eterno retorno, la visión circular, cíclica, de la historia alcanza su plenitud en la muerte personal. Todo sale

de Dios, y todo retorna a El. Y el final es el comienzo.

La alianza es la clave

La historia de los garifunas ha sido una constante lucha, armada o no, por salvaguardar su libertad y su identidad como pueblo. Combatir, fundar comunidades cimarronas, resistir... La religión garífuna no es “opio”, no está marcada por el signo de la resignación. También apare-

cen en la historia de esta etnia largas etapas de paz, alianzas y sumisiones relativas que impiden catalogarlos como rebeldes mesiánicos o milenaristas.

En el contexto histórico en que han vivido, las insurrecciones mesiánicas hubieran sido tan suicidas como la resignación esclavizante. Siguiendo cualquiera de estas dos opciones extremas es muy probable que los garifunas no hubieran subsistido como etnia. Su sabiduría ancestral buscó un camino intermedio en unas creencias en que fundieron las tradiciones africanas con las cristianas.

Supuesta esta fusión ¿Cuál sería el elemento central del carácter religioso que ha permitido a los garifunas de Nicaragua –quizá también a los de Honduras y Belice– no ser arrastrados hacia rebeliones mesiánicas suicidas o hacia resignaciones esclavizantes igualmente suicidas? Ese concepto central –presente en el ritual del nacimiento, en el walagallo y en los ritos de la muerte– es el concepto bíblico de alianza.

Alianza fue lo que tuvieron que hacer las etnias africanas en San Vicente hasta conformarse como etnia afroamericana, como garifunas. Alianza es la relación que sostienen los vivos con los muertos, con los ancestros, formando todos una gran co-

munidad. Alianza con otros grupos sociales, económicos o políticos es lo que este pueblo ha tenido que hacer constantemente para sobrevivir ante pueblos más poderosos. Su experiencia en hacer alianzas es lo que explica su espera en silencio esperando mejores oportunidades y cuándo es la hora de huir como cimarrones hacia las montañas.

Legitimando estas realidades históricas, sociales y políticas, aparece la principal alianza, la alianza de Dios con ellos. El Dios de los garifunas no es un dictador caprichoso que utiliza las fuerzas de la naturaleza o de la historia para imponerse. No es una fuerza lejana. Es un aliado, un amigo que dirige, orienta y protege. Es un Dios interesado por la buena marcha de la etnia y por la convivencia de todas las naciones. Pero no puede haber alianza con ese Dios de vida si primero no hay vida, solidaridad y armonía entre los garifunas. Unidos fraternalmente es como este pueblo toma conciencia de cada situación política y de la respuesta más adecuada que darla.

“Nosotros no estamos solos, no vivimos como en las ciudades. Un tío mío viajó a los Estados Unidos y dice que a veces los vecinos sólo se saben el nombre. Es difícil que se ayuden. Aquí no, aquí todos somos

una familia. Si uno no tiene algo el otro le ayuda. Si a uno le falta jabón lo cambia por yuca. Si uno se va de Orinoco a La Fe uno se siente igual. Es que somos una familia. Y si nos vamos a Trujillo igual, porque estamos todos emparentados. Si uno no encuentra su apellido, encuentra el de su mujer o el de su padrino. Entre nosotros, no se puede desligar la suerte de uno de la suerte de todos. Si nace un niño, al pedirle a Dios que lo proteja, Dios protege al niño, a su familia, a toda la comunidad, a todos los garifunas”, nos explica Silverio Sambola.

Lo importante es que los garifunas nunca abandonamos a un hermano, y el profesor Isidro aclara lo siguiente: “Esa es la clave de todo. Así hemos sido los garifunas y eso lo podemos ver en nuestra historia. Recuérdese: ni los ingleses y los franceses en San Vicente, ni los españoles y los norteamericanos en estos últimos diez años, nos ha podido destruir aquí en Nicaragua. Los gringos en su congreso pagaron millones de dólares para que nos vinieran a matar. A nuestra propia tierra, a la tierra de nuestros ancestros. Yo no sé si me entiende pero es que nosotros le sonreímos a la muerte. Nuestro baile alegre aleja la tristeza y da vida, ¿me entiende? Por eso podrán quitarnos todo, menos nuestra esperanza y nuestro amor: esa es nuestra fe”.



FOTO: ALVARO RIVAS